

La casa de Beltrán.

AODAVIA por los tiempos en que era virey D. Sebastian de Toledo, por el año de 1664, existía una gran casa que ocupaba lo que es hoy la esquina formada por la calle de Vanegas y el Puente de Jesus María. Aquella casa fué edificada en 1524, por uno de los alarifes que trajeron de España los padres de San Francisco, y fué pagada por D. Beltrán de Ojeda (regidor que era entonces), con un valor de 3,700 doblones en barras de plata.

La casa abarcaba una extensión muy considerable, pues tenía grandes patios, jardines, corrales, hortalizas y revolcaderos. Por el lado de Jesus María, sus paredes se levantaban de la línea que hoy dividiría la calle longitudinalmente en dos partes iguales, y formaba con las tapias del lado opuesto una callejuela sombría, cuyo piso era el agua negra y corrupta que rebosaba de las acequias y se estancaba entre los muros.

El frente de la casa presentaba ese lujo escultural de que gustaban tanto los conquistadores, y del que nos quedan como testimonios los elegantes pórticos y frontispicios de algunos templos.

Sin embargo, el conjunto no presentaba ni majestad, ni gracia, ni armonía. Una ancha puerta con columnas toscanas se abría en un lado de la fachada; había ventanas circundadas por un laberinto de relieves afligranados, pero puestas en una altura adonde no llegaba la vista para admirar sus primores; balcones sostenidos por cariátides, y cuyas toscas cornisas podían tocarse con la mano; puertas de diferentes tamaños, colocadas en el orden que pidió la necesidad y no el gusto; altas ventanas de todas formas y tamaños, abriéndose también sin orden ninguno, como los mechinales. Y para colmo del desprecio á lo bello, y como una muestra del refinado egoísmo del propietario, apareció un tejado sobre el más hermoso de los balcones.

El interior no presentaba de notable sino el patio y los corredores, donde se reproducían con más orden los adornos de la fachada;—una fuente colosal, que representaba á un grupo de amorcillos con la estatura de gigantes.

Las habitaciones interiores eran vastas y bien iluminadas, pero con los techos demasiado bajos. En una especie de capilla situada en el centro del edificio, había un magnífico altar de piedra, que en tiempo del marqués de Croix fué trasformado en brasero por un inquilino.

Ojeda vendió aquel edificio por la mitad de su valor al tesorero D. Alonso Estrada, y este le regaló á su ahijado D. Gaspar de Mendoza. D. Gaspar le habitó algunos meses. Después, teniendo que salir de la ciudad para vigilar de cerca su encomienda, le abandonó al cuidado de una fa-

milia pobre, que se estableció en los aposentos que daban sobre el segundo patio.

Pasó mas de un año; pero la mala construcción, su sitio fangoso, las lluvias, el descuido, y un rayo que desquebrajó la esquina suroeste y parte del muro que formaba la callejuela, pusieron la casa cual si hubiesen pasado por ella dos ó tres siglos. Hundida considerablemente por un costado, parecía volcada por el rayo.

Por el lado de Vanegas, la casa presentaba el aspecto de un navío levantado por la proa. Por el Norte, los muros inclinados hacía atrás, parecían mirar el cielo con sus ventanas. Oscuras capas de humedad se levantaban, invadiendo hasta los chapiteles de las columnas, los paramentos y los frisos. Cojines de musgo habían sustituido la argamasa en las juntas de las piedras. Por entre las almenas asomaban flecos de yerba, y las golondrinas entraban y salían por las ventanas abiertas.

Las ventanas del Puente de Jesús María bajaron hasta donde antes llegaban los cimientos, y el agua pasaba por sus arcos y formaba dentro de las piezas lóbregos estanques, cuya superficie eternamente inmóvil parecía ocultar insondables profundidades.

Lo interior quedó casi inhabitable. Las paredes negras, como empapadas en aceite, se descascaraban, dejando al descubierto anchas placas salitrosas. Los pisos eran intrasitables. Los cedros de los techos formaban panza, y en cierta época del año dejaban escurrir heladas gotas de agua, formando charcos que á su vez goteaban, produciendo una lúgubre campanada en el vacío de las habitaciones inferiores. Aplicando el oído en la cerraduras de algunas puertas, se escuchaba de cuando en cuando no sé qué trasiego es-

pantoso, como si alguien encerrado allí vagase tropezando entre las tinieblas.

Los patios daban miedo. Al entrar en ellos sentíase la presencia de los trasgos que el vulgo suponía escondidos tras de cada mata, y esperábase ver salir de la penumbra de los arcos algún fantasma, ó levantarse de los matorrales alguna sierpe gigantesca, vibrando encendidas miradas amenazantes.

Al caer el sol salían de cada piedra nubes de murciélagos, que revoloteaban llevando sus agudos chillidos por todas las habitaciones vacías.

Poco después todos los ecos se abismaban, y la casa parecía dormir bajo la luz de las estrellas.

Poco duraron en aquel edificio los pobres que dejó allí D. Gaspar de Mendoza. Cuenta la tradición que eran dos viejos, mujer y hombre; una sobrina de veinte años y un indio que les servía de mandadero. El viejo se llamaba Gutierre, su mujer Angela, y el indio (que había recibido el bautismo), Santiago. No mienta la crónica el nombre de la sobrina; pero esto no importa. La llamaremos Juana, Petra ó Francisca, nombres hechos ex profeso para sacar á cualquiera de un apuro como el presente.

Una noche roncaban todos como buenos cristianos, sumergidos en las blanduras inefables de un sueño profundo. La pieza oscura, con su puerta bien atrancada, retumbaba con los ronquidos que se alternaban, como si los cuatro durmientes apostasen en presencia del dios Morfeo quién los haría mas voluptuosos y sonoros. Angela roncaba con la garganta; Gutierre parecía roncar con todo el pecho; José Santiago lo hacía con estruendo por todas partes, y Paquita con una lentitud, con un sosiego, que pudiéramos decir virginal, roncaba suavemente por las narices.

De súbito se escucha un estruendo como si algun techo se hubiese desplomado. Angela despierta sobresaltada, se incorpora y pone atencion, como esperando el resultado de aquel fracaso. A poco se deja oír una carrera. Los pasos se aproximan. Despues se detienen delante de la puerta, y la puerta, impulsada por la mano de alguno, comienza á rechinar de un modo siniestro.

—Gutierre!..... Gutierre! dice Angela con una voz cavernosa, moviendo rudamente al anciano.

Gutierre se desperezó pronunciando palabras confusas, cambió de postura y volvió á quedarse dormido.

Angela tiritaba como en un ventisquero. Su boca entreabierta dejaba apenas pasar su respiracion agitada; y con una mano sobre la espalda de Gutierre y otra en el corazon, seguia escuchando con medrosa curiosidad aquellos estremecimientos, que le parecian infernales.

Sosegáronse unos momentos; pero sintióse despues otro, dado con mas fuerza. La tranca se arrastró algunas pulgadas sobre los ladrillos, produciendo un ruido semejante al del perro que gruñe, y una línea indecisa de claridad apareció en la juntura de las puertas.

—Gutierre!..... levántate!— volvió á exclamar Angela.

Gutierre no se movia. Paquita fué la que levantó la cabeza, y preguntó entre sueños:

—Qué quereis, tia?

—Despierta, por Dios!..... no escuchas?

—Qué?.....

—Oye!

Paquita se sentó sobre el lecho, y poco mas ó menos tomó la actitud de su tia. No dilató en conocer la causa por que la habian despertado.

Un nuevo impulso volvió á mover la puerta de tal modo, que esta parecia doblarse y próxima á saltar en pedazos. Paquita se puso de un salto hasta donde Angela se hallaba, se arrebujo en las sábanas, y esperó allí á que viniese lo que Dios quisiera, mientras Angela seguia moviendo á su marido con estrujones cada vez mas furiosos. Por fin, se despertó Gutierre.

—Qué hay?.....— preguntó.

Los hechos se encargaron de responderle. Por fin saltó la tranca, y las hojas de la puerta dieron un azote, abriéndose con violencia.

—Quién va!—gritó Gutierre, echando mano al arcabuz que tenia siempre en la cabecera.

Si hubiera entrado alguno, cualquiera que fuese, un animal feroz, un malhechor blandiendo la daga, Satanás mismo, no les infundiera el pavor que sintieron al ver que nadie aparecia. Aquella expectativa era mucho mas terrorosa. Todo lo sorprendente, y mas cuando debe ser horrible, primero se anuncia; y cuando ha pasado un intervalo en que todos palidecen y caen de rodillas, entonces aparece, y hiela, y petrifica, y mata de espanto.

—Quién va!— volvió á decir Gutierre saltando de la cama.

El mismo silencio.— Paquita se metia como tornillo por el vientre de Angela, y esta afianzaba á su marido por una de las mangas de la camisa.

—Por San Víctor!.....— exclamó Gutierre— á ver..... suéltame.

—Por Dios!— murmuró Angela,— no salgas.

—Suelta.....

Angela obedeció; Gutierre preparó la mecha del arca-

buz, y adelantó hasta el umbral de la puerta. No vió nada; entonces se aventuró á salir y torció por la izquierda. No habia dado seis pasos, cuando lanzó un grito y el arma se escapó de sus manos. En pié, tieso, alargado, frio, inmóvil, fatídico, miró un hombre amortajado, que á la luz débil de las estrellas, mostraba un semblante triste, cubierto con la lividez del sepulcro.

Los ojos de Gutierre, asidos al fantasma por una fuerza sobrenatural, vieron que aquellas mandíbulas se abrian y dejaban escapar algunas palabras. Oyó que decian estas:

—Gutierre..... qué haces aquí á estas horas?..... responde!

La respuesta de Gutierre fué dar de cara contra el suelo. Se habia desmayado.

—Canario!—dijo el espectro mudando completamente el carácter de su voz;—si habré matado al buen Gutierre?

Despues se rascó la cabeza sobre la capucha del sudario, y volviéndose hácia el fondo de los corredores, llamó, procurando amortiguar el grito.

—Morquecho!

Apareció entonces una especie de diablo, con larga cola, cuernos torcidos, un gran bigote, y trayendo en una mano una linterna y en otra una larguísima partesana.

—Qué hubo?—preguntó al llegar.

—Mira,—dijo el espectro;—se ha caido.....

—Alabado sea Dios! qué habrás hecho?

—Muévele.....

El diablo aquel movió á Gutierre con la partesana, y dijo:

—Vámonos?

—Vámonos,—dijo el otro; y echó á correr seguido por el diablo, que le gritaba:

—Eh! Mejía! no vayas tan de prisa..... espera!..... no me dejes solo!.....

Al dia siguiente, Gutierre, su mujer, Paquita y José Santiago, abandonaron la casa de Jesus María.

Los infelices huyeron dejando las llaves al primer vecino que les deparó la suerte, y fueron publicando por toda la ciudad no se sabe qué de escenas terribles que en las altas horas de la noche representaban duendes y demonios, por aquellos malditos patios.

Muchos vecinos afirmaban haber visto salir por la callejuela al mismo Bercebú corriendo sobre el agua tras un fraile franciscano.

Desde entonces la casa fué un objeto de horror para todo el mundo;—pasar por enfrente de la callejuela era una hazaña que ni á la mitad del dia se aventuraban á emprender los mas animosos del barrio. No obstante, en una hoja conservada como por milagro entre papeles viejos que hace poco tiempo vendió un empleado del Ayuntamiento, encontramos una nota que un amigo nuestro ha tenido la bondad de descifrarnos. Allí dice que la casa quedó á cargo de un pobre hidalgo llamado Pedro Negromonte, puesto allí por la caridad del muy ilustre caballero D. Gaspar de Mendoza.

Dadas estas noticias, que no serán extrañas á lo que va á seguirse, haremos conocer al lector lo que pasaba en esa casa al caer la tarde el 9 de Marzo de 1525.